

*Don Francisco Umbral y su lacerado lector*¹

JAVIER MAYORAL SÁNCHEZ

Departamento de Periodismo I

RESUMEN

Se analiza en este artículo el peculiar trato que ofrece Francisco Umbral a sus lectores. El articulista suele presentarse ante su público como un ser vanidoso, altanero y ególatra. Más que la benevolencia del lector, el columnista busca afanosamente la sorpresa y el aspaviento incrédulo de quien, por ventura o por sopesada fidelidad, se apresura a leer uno de sus textos periodísticos.

Rhetórica ad Herennium, Libro I, V: «ab nostra persona benivolentiam contrahemus, si nostrum officium sine adrogantia laudabimus». En efecto, el discurso de un individuo arrogante y vanidoso corre casi siempre el peligro de ser mal recibido: «es muy importante para la persuasión —escribe Aristóteles en su *Retórica*— (...) el modo como se presente el orador y el que se pueda suponer que él está en una cierta actitud respecto de los oyentes, así como, en lo que se refiere a éstos, el que se logre que también ellos estén en una determi-

¹ Salvo leves modificaciones, este texto se corresponde con dos capítulos de la Tesis Doctoral (inérita) titulada «Transgresión, insolencia y creatividad de la prosa diaria de Francisco Umbral (1976-1994)», leída en la Facultad de Ciencias de la Información el 3 de diciembre de 1997.

nada actitud ante el orador»². Si el lector siente antipatía por el productor de los textos, es muy posible que ni siquiera se detenga a examinar sus palabras. Lo más probable es que la desagradable impresión que causa el creador del discurso se convierta en juicio sumarásimos sobre el discurso mismo.

Francisco Umbral gusta de correr este tipo de riesgos. No le importa que le confundan con un señor engreído. La vanidad es una transgresión que le reconforta. La modestia —viene a sostener Umbral— es una ruda vulgaridad, puesto que casi todo el mundo se cree obligado a someterse a ella. Un escritor con personalidad propia no debe esconderse, sino todo lo contrario: debe exhibir sin pudor su figura, su estética, su particular modo de ver y entender el mundo. La vanidad puede molestar a los lectores. A muchos lectores. Pero Umbral prefiere molestar, herir sensibilidades, romper con lo establecido. A Umbral parece que le divierte suscitar odios, enemistades, antipatías. «*Te odian más que a mí, Paco*», cuenta que llegó a espetarle Santiago Carrillo, aquel comunista maldito (por entonces era secretario general del Partido Comunista de España, ilegal durante decenios) que acababa de regresar del exilio³.

Umbral, para empezar, decide hablar de sí mismo todo cuanto le apetece: «*como no soy capaz de escribir una columna sin hablar de mí, diré que yo, que tengo muchos premios, jamás he pretendido (...)*»⁴. La primera transgresión, pues, es puramente cuantitativa: el articulista incurre en un egotismo facundo y escribe sobre sí como quien elabora un diario personal. No parece casualidad que Umbral haya usado durante años la etiqueta de «Diario de un snob» para titular, con carácter general, sus artículos diarios. Marzo de 1978: encontramos en los textos del columnista diez veces el término «Umbral» y una vez hallamos el más respetable (y, por ello mismo, más transgresor) «don Francisco»⁵. Quiere esto decir que en uno de cada tres artículos el productor del texto se refiere a sí mismo; y quiere decir, además, que lo hace sin circunloquios ni perífrasis, sino usando su propio nombre⁶. Marzo de 1989: el pronombre personal

² *Retórica*, 1377b25-29. El término *persuasión* debe entenderse en sentido amplio, de tal modo que se pueda aplicar no sólo a cuestiones de índole conceptual, sino también estética.

³ «El cadillac de Carrillo», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/06/1990. La anécdota aparece narrada en casi idénticos términos en otros textos no periodísticos (Umbral, 1990: 40).

⁴ «Cultura y estado», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 19/09/1990.

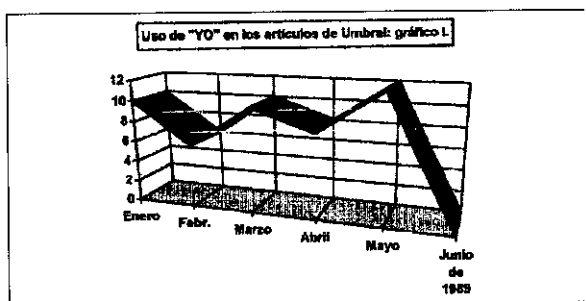
⁵ En una ocasión (08/03/1978), el pseudónimo aparece en negrita (**Umbral**); dos veces (09/03/1978), en cursiva; el resto de apariciones no adopta ninguna particularidad reseñable. El meliorativo «don Francisco» se usa por primera vez el 11/07/1976. «Hablo de mí en tercera persona —explica el autor— como Norman Mailer se llama a sí mismo “Mailer” en *Los ejércitos de la noche*, cosa que a los neocríticos americanos les pareció asombrosa, cuando lo cierto es que Miller se había llamado a sí mismo Miller toda la vida en sus novelas» (UMBRAL, 1981: 126).

⁶ Este dato sólo corresponde a lo sucedido en el mes citado (es decir, marzo de 1978). No es normal que el *pseudoapellido* del escritor aparezca en sus artículos con tanta frecuencia. Téngase en cuenta, con todo, que este fenómeno apenas sí se puede encontrar en los textos de otros articulistas españoles.

de primera persona («yo») aparece otras diez veces⁷. Por evitar este pronombre, muchos escritores adoptan incluso una pudorosa (no mayestática, como suele decirse) primera persona del plural. Francisco Umbral usó el plural años atrás, mientras forjaba su personalidad⁸, y lo siguió utilizando —aunque ya en menor medida— durante los años a que se refiere este artículo (1976-1994). En mayo de 1989, por ejemplo, usa Umbral 24 formas verbales en primera persona del plural con valor de primera del singular (hay otros 91 verbos en primera persona del plural, pero no equivalen, desde el punto de vista semántico, al verbo en singular). Durante ese mismo mes, el verbo aparece conjugado en primera persona del singular más del doble de veces: exactamente en 57 ocasiones⁹. Con todo, la fórmula despersonalizadora que Umbral prefiere es el indefinido «uno» (*uno cree que*, en lugar de *yo creo que*), fórmula mucho más digna —según él— que ese «tú hortera que sustituye a la primera persona del periodista en casi todos los periódicos»¹⁰.

Este egotismo refleja una hiperbólica (y se ha de suponer, por ello mismo, que también irónica) egolatría. Francisco Umbral se presenta ante los demás como un genio que no se avergüenza de serlo. Por lo que leemos en sus artículos, da la impresión de que el escritor no ha disfrutado en toda su vida de un placer más puro y gozoso que el de haberse conocido. Ya en 1976, y a propósito de su relación con José María Pemán, escribe: «*Dos clásicos como si dijéramos*»¹¹. Es apenas un aviso. Julio de 1977: «*La Moncloa, en fin, necesita un es-*

⁷ Se han contabilizado las apariciones de este pronombre durante varios meses del año de 1989. El resultado del recuento queda recogido en el gráfico número I:



⁸ Valga como muestra de este uso pronominal y verbal el siguiente fragmento: «Nosotros hemos asistido, en nuestra ya larga vida pública y privada, a numerosos almuerzos y cenas en el Casino de Madrid (...). Lo que vemos nosotros, pues, en la negativa del Casino, es el comienzo de (...)» (UMBRAL, 1974: 49-51.)

⁹ En este mismo período encontramos 31 verbos en forma impersonal («se ha dicho más arriba» [«La guerra de las tartas», *Diario 16*, pág. 4, 26/05/1989]).

¹⁰ Escribe Umbral: «pero uno (jamás condescenderé a ese tú hortera que sustituye a la primera persona del periodista en casi todos los periódicos: «Llegas al trabajo y te ves alienado por el jefe») piensa, asimismo, que (...)» («Kissinger», *El País*, pág. 23, 20/07/1983.)

¹¹ «Gente joven», *El País*, pág. 16, 10/07/1976.

tilista y ese tenía que ser yo (...) Fernando Ónega (...) no es una gran pluma, y eso a la larga se paga. Por eso digo que me tenían que llamar a mí»¹². Junio de 1978: «la naturaleza sigue imitando al arte, pero sobre todo a mi arte»¹³. Si analizamos textos de muchos años después, nada cambia. Desembocamos, como antaño, en un sinfín de *autoelogios*. El autor se los aplica sin ningún atisbo de pudor, con absoluta naturalidad: «EL MUNDO es un periódico fundamentalmente bien hecho (en algo se había de notar mi mano), de modo que (...)»¹⁴. Así que, en fin, el columnista se imagina un clásico de la literatura española y universal¹⁵.

Pero la egolatría de que aquí se escribe no acaba en cuestiones puramente literarias. Umbral presume también de ser un señor con un prestigio social: «lo cual que me llaman de pregonero para todos los pueblos de España y barrios de Madrid»¹⁶. Todo el mundo le llama y le requiere. Todos le admiran o envidian. Con especial insistencia y chulería, Umbral presume de su *irresistible* — dice él — poder de atracción sexual. A veces, la inmodestia adopta el tono de simple broma: «que suecas van a venir pocas, porque si no viene la mía, con el gancho que yo tengo, no esperen ustedes que vengan las demás»¹⁷. En ocasiones, la broma va cargada de insolencia y descaro: «dado lo bueno que estoy, siempre he sospechado que algún gobierno acabaría contratándome de majorette. Ha sido el de Suárez»¹⁸. Otras veces, en fin, hallamos ya la más pura y desvergonzada procacidad: «yo vivo entre el orgasmo y el endecasílabo»¹⁹.

Esta egolatría, según se apuntó antes, debe relacionarse con una visión del mundo estrepitosamente egocéntrica. El articulista se siente (o lo simula) el centro exacto del universo. Además de los aspectos lingüísticos ya comentados, resulta muy llamativo el complejo de víctima del que parece padecer el articulista. El lector puede llegar a pensar, con cierta razón, que los textos que llevan la firma de Umbral han sido construidos por un hombre cuya obsesión frisa lo patológico: en ocasiones parece que este señor Umbral considera que el universo entero conspira contra él, que todo cuanto ocurre se hace a favor o en contra de él. A principios de 1977, el Gobierno aprueba un Real Decreto-Ley «Sobre libertad de expresión». Queda suprimido el artículo segundo de la anterior Ley de Prensa, pero se aumentan los mecanismos con los que perseguir delitos de prensa (en especial, en casos de calumnias, injurias y pornografía). Umbral

¹² «Fernando Onega» [sic], *El País*, pág. 22, 14/07/1977.

¹³ «El Campo del Moro», *El País*, pág. 27, 16/06/1978.

¹⁴ «Marx», *El Mundo del siglo XXI*, última, 05/12/1993.

¹⁵ No es una exageración: «porque yo soy un estilista y un clásico» («Sonata de espectros», *El País*, pág. 25, 25/05/1977.)

¹⁶ «El portavoz», *El País*, pág. 17, 07/09/1979.

¹⁷ «Las suecas», *El País*, pág. 17, 25/06/1976.

¹⁸ «Yo, witty», *El País*, pág. 24, 23/11/1978.

¹⁹ «Comer con Fraga», *El País*, pág. 27, 27/05/1977.

comenta: «yo creo que este decreto está hecho contra mí, el último Consejo de Ministros fue una conspiración centrada en mí»²⁰. Muchos años después, en marzo de 1989, Umbral aplica este mismo argumento a otra ley sobre Prensa:

«Esta ley anti/libelo (...) viene ahora contra nosotros, contra todos nosotros, de los obispos a los periodistas, y yo creo que hasta viene específicamente contra mí.»

«Y digo específicamente contra mí no llevado o traído por mi peculiar egotismo/egoísmo (que es una cosa que siempre comporta masoquismo), sino porque uno nunca ha sido mayor cosa que un sencillo fabricante de libelos. Mi género literario es el libelo (...).»²¹.

Un lector con cierta perspicacia descubrirá, sin duda, la veta irónica de esta suerte de dislates. El columnista destapa con sorna su «peculiar egotismo/egoísmo». De este modo, la vanidad queda destilada por la ironía, depurada por medio de la burla para con uno mismo. Cuenta Umbral en un artículo, por ejemplo, que le han pedido una lista de diez señores elegantes. Afirma, en un primer momento, que no se incluye en esa lista «por sencillez». Pero, al final (después de haber glosado las elegancias de Fraga, Blas Piñar, Landelino Lavilla, el Papa Wojtyła y algunos otros), escribe: «**Umbral**: al final no he podido menos de meterme, y ustedes disculpen. El ego es que me devora»²².

No obstante, parece que la ironía no anula el sentido último, claramente provocativo, de tales planteamientos. El objetivo de Umbral es sorprender, incitar, aturdir al lector. Por eso presume de su talento. Por eso presume de ser presumido. Por eso llega incluso a presumir de no presumir como debiera, sino mucho menos de lo que él —considerado su genio— podría permitirse: «el escritor, aunque sea modesto, como uno (...)»²³. La exhibición de la modestia es irónica e hilarante. Umbral afirma que es uno de «los tres prosistas mayores de los cuarenta/cuarenta»²⁴, de la mano de Camilo José Cela y Miguel Delibes; se incluye entre «los grandes del periodismo» y se compara con Ortega y Gasset²⁵; se burla de quienes critican su vanidad²⁶; y consigue, en fin, que Manuel Fraga le trate de «usted»²⁷. Umbral dibuja el perfil psicológico de un hombre fatuo hasta extremos patológicos, pero luego se ríe de su inmodestia y de su

20 «La alegoría», *El País*, pág. 24, 05/04/1977.

21 «Elogio del libelo», *Diario 16*, pág. 4, 20/03/1989.

22 «Los elegantes», *El País*, pág. 23, 20/10/1979.

23 «Anunciar café», *El País*, pág. 28, 24/03/1977.

24 «JRJ», *El País*, pág. 29, 06/06/1983.

25 «Las subastas», *El País*, pág. 24, 19/11/1977.

26 « (...) sale **Maruja Torres**, coge, agarra, va y dice que lo que uno tiene es demasiado ego» («La huelga fina», *El País*, pág. 24, 16/02/1983).

27 «Fraga y yo», *El País*, pág. 24, 10/06/1977.

vanidad con cínica entereza. Entre mofa y mofa, insiste en cultivar, profundizar y confirmar la tosca y engréida presunción del estereotipo que de sí mismo ha fabricado. De pronto pide perdón por el uso de un dudoso pretérito indefinido: «*nunca he estado fuerte en el uso de los tiempos verbales, y por esto no soy ya académico (lo cual es por otra parte una manifiesta injusticia)*»²⁸. Qué perdón tan soberbio, qué ironía tan afilada, inestable y sospechosa.

Ególatra sospecho, egocéntrico confeso y —tercer pecado pragmático— consumado excéntrico. Umbral es un tipo extravagante y escandaloso porque quiere serlo, porque se empeña en serlo. Se dice que la Modernidad, una vez asumidas las vanguardias de principios de siglo, ya no se deja escandalizar por nada. Y acaso sea cierto. Hoy es muy difícil provocar con éxito. Ser escandalosamente distinto es ya trabajo de héroes o de locos. En este siglo xx ha triunfado la heterodoxia, y con ello ha muerto, o casi, el arte de irritar a las mayorías para ganarse el aplauso de las minorías. Después de tanta transgresión integrada y comercializada con éxito, los provocadores vocacionales debieran estar muy escarmentados. Umbral se obstina, sin embargo, en tejer una personalidad estrafalaria: «*o sea, que soy un heterodoxo que se le escapó del tintero a don Marcelino*»²⁹. Heterodoxo con desequilibrios térmicos. En verano exhibe abrigo, para que todo el mundo se asombre de su intempestiva vestimenta, y en invierno sale a la puerta de casa para recoger el correo con un albornoz que apenas si le llega a media pierna³⁰. Heterodoxo en los hábitos alimentarios, especialmente dotado para soportar —y aun degustar— desayunos diarreicos. «*Me levanto a las ocho y desayuno bacalao fresco al microondas*»³¹. Heterodoxo en el modo de vestir, dandi harapiento y hasta vulgar que presume de «*oler a macarra marbellí, a ligón verdemadriles, a puta de puerto*»³². Heterodoxo, en fin, en actitudes y composturas cotidianas. «*Me quedé pensando en la información de mi amiga y chupando una piruleta, que es lo que yo saco cuando los caballeros sacan un puro. Parece que las piruletas son bajas en nicotina*»³³.

Apariencias o conductas. Desplantes éticos o profanaciones estéticas. Todo vale con tal de suscitar el escándalo. El propósito último es deleitar lacerando, sorprender al lector sin parar mientes en el precio que haya que pagar por ello.

²⁸ «Desnudismo», *El País*, pág. 17, 27/06/1976.

²⁹ «Auto de fe», *El País*, pág. 30, 25/09/1981.

³⁰ Esta información ha sido aportada por una vecina de Francisco Umbral. El albornoz, al parecer, es blanco y liviano. Se pueden encontrar, no obstante, otras muchas muestras de la extravagancia térmica del personaje: «Yo, cuando sudo y me enfrió, me voy a un retrete y me envuelvo en el rollo de papel higiénico. Salgo a los grandes comedores como momia clandestina y antiséptica de mí mismo, bajo la pana y el cuero.» («La cabeza de Goya», *El País*, pág. 22, 19/04/1978. Este dislate se vuelve a formular en el artículo del día siguiente.)

³¹ Véase «La realidad», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 16/05/1992.

³² «El inodoro», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/01/1992.

³³ «El polaco», *Diario 16*, pág. 6, 03/06/1989.

El sentido del pudor aquí no cuenta, porque el articulista no teme en absoluto acabar pareciendo un maniaco sexual, un obseso de la pornografía, un ángel maldito, un espíritu venal que se entrega, sin miramientos morales de ninguna clase, a quien más o mejor pague: «para puta yo, que me encargan un artículo sobre Gorbachov y lo primero pregunto: "¿Lo quiere usted a favor o en contra? Es el mismo precio"»³⁴. Sólo un hombre con semejante confianza en sí mismo, en fin, se atreve presentarse ante sus lectores del modo como lo hace Umbral: «Soy la hostia»³⁵. Se puede solicitar más sutileza, pero no más claridad.

EL DESTINATARIO DE LOS TEXTOS

Parece claro que el productor de los textos ha de intentar ganarse la benevolencia de aquellos a quienes se dirige. La idea de una retórica *pròs akroatén*³⁶ (esto es, una Retórica cuyo principal objetivo es agradar al oyente, y no tanto buscar la pura verdad) no es aplicable, sin más, a textos como los relatos periodísticos o noticias. Pero, por su vecindad conceptual con los postulados de la moderna Teoría de la Literatura³⁷, esta retórica *pròs akroatén* sí que se puede aplicar fácilmente a textos periodísticos cuasi literarios³⁸ como los que se comentan en este artículo (columnas personales de opinión). Esta clase de textos, de hecho, se vale de un estilo que se ha dado en llamar «ameno»³⁹, y ello constituye la mejor prueba de que las columnas periodísticas pretenden, ante todo, entretener y agradar a los lectores. En el artículo, escribe el propio Francisco Umbral, «el lector busca más fincadamente el diálogo directo y mudo con una persona/personalidad que ya conoce»⁴⁰. El lector compartirá el criterio del ar-

³⁴ Léase «Subvenciones», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/12/1991.

³⁵ «La romeraca», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 30/06/1992.

³⁶ Idea de clara ascendencia platónica: la retórica es, para el filósofo griego, «una faceta de la adulación» (*Gorgias*, 463c), porque, como la poesía trágica, atiende «al placer y a la manera de agradar a los oyentes» (*Gorg.*, 502e). Los platónicos critican así la retórica meramente elocutiva, aquella que descuida los aspectos éticos o filosóficos y se centra, eludiendo en mayor o menor medida la noción de verdad, en cuestiones expresivas. La corrección aristotélica de esta doctrina intenta invertir los términos: «lo justo y nada más que ello es lo que hay que buscar en el discurso, antes que el no disgustar o el regocijar al auditorio, y lo justo es ciertamente debatir acerca de los hechos mismos»; aunque en seguida añade Aristóteles que «todo lo que queda fuera de la demostración (...) es potencialmente importante» (*Retórica*, 1404a5-7).

³⁷ Resulta especialmente estimulante para la Teoría de la Literatura la doctrina retórica clásica sobre la eficacia de los textos. Muchos autores contemporáneos (García Berrio, 1989: 178) asocian el concepto retórico de 'persuasión' a la noción, puramente literaria, de 'expresividad'.

³⁸ La columna personal —escribe Luisa Santamaría— es «una modalidad a mitad de camino entre la literatura y el periodismo» (Santamaría, 1990: 122).

³⁹ Sobre el término «ameno» —aunque tal vez resulte preferible usar «literario», mucho más claro y directo—, véase (DOVIFAT, 1959: 137-138).

⁴⁰ (UMBRAI, 1982: 10).

ticulista o disientirá de él. No es esto lo que importa. Lo fundamental es que la comunicación textual que se establece entre ambos será tanto más duradera y estable cuanto más agraden al lector los planteamientos conceptuales y estéticos del articulista. El columnista, en otras palabras, está obligado a ganarse la simpatía de los lectores: él, de ordinario, no ofrece información de actualidad (que tiene valor en sí misma), sino comentarios personales, subjetivos, acerca de informaciones ya publicadas. Es verosímil que un lector devore (intelectualmente, se entiende) hasta el último signo de una noticia redactada por un periodista que le resulta antipático. Tal vez lo haga por el simple hecho de que le interesa el contenido mismo del texto periodístico. Tal vez, porque ni siquiera se ha dado cuenta de que la noticia en cuestión está firmada por tal o cual periodista. Resulta, en cambio, muy extraño que alguien se moleste en establecer un «diálogo directo y mudo con una persona/personalidad» a la que, por el motivo que fuere, detesta.

Debe todo ello ser tenido en cuenta para enjuiciar convenientemente el trato que Umbral dispensa a sus lectores. Trato, cabe anticipar, harto licencioso: «lo de ustedes, como siempre, es que no se aclaran, que no leen, que no se enteran»⁴¹. En lugar de intentar ganarse la benevolencia del lector, el columnista se burla insolentemente de quienes, por afición o por mera casualidad, han osado leer su artículo diario. Esta técnica (mofa casi tan descarnada como descarrada de la agudeza intelectual de los lectores) aparece ya en los primeros textos analizados, y no se pierde con el paso de los años: «es lo que me he molestado en explicar antes, coño, que ustedes no se enteran», escribe Umbral en 1988⁴²; y, años después, leemos: «el proceso, para que ustedes se aclaren, que es que no se aclaran, ha sido así»⁴³.

Atengámonos, de momento, a una interpretación literal de las expresiones que se acaban de citar. El columnista se burla de un lector al que considera intelectualmente pacato, zafio, torpe. Tal es la versión más usual de este tipo de provocaciones. Pero la estrategia de agresión ensaya, en ocasiones, ofensas que poco o nada tienen que ver con las cualidades cognoscitivas del siempre hipotético lector: sostiene el articulista, verbigracia, que el pueblo español no debiera disponer, en agosto de 1976, del derecho a voto, puesto que aún es un pueblo políticamente inmaduro⁴⁴. Desprecio semejante se puede advertir en otras muchas insolencias posteriores. Algunas destacan por su estridente agresividad. Otras, en cambio, consisten en un atrevimiento que, en el fondo, no es más que chirriante ingenuidad o mero juego de palabras: «yo siempre he de-

⁴¹ «El Metro», *El País*, pág. 24, 29/03/1977.

⁴² «El machismo», *Diario 16*, pág. 4, 20/12/1988.

⁴³ «La difamación», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 9, 26/01/1992.

⁴⁴ «Los libros», *El País*, pág. 13, 25/08/1976.

seado llegar a viejo para vivir tranquilo, mandarles a todos ustedes a paseo (...))»⁴⁵.

En general, y más allá de insolencias concretas como las ya anotadas, Umbral se dirige a los lectores en un tono extremadamente coloquial. Parece como si todos ellos fueran íntimos amigos suyos, como si todos conformaran una densa e intransitable —por anónima y heterogénea— maraña de jóvenes compañeros ('*colegas*'⁴⁶, según el argot juvenil de la época). Es muy sintomático el hecho de que, por mor de enfatizar lingüísticamente su relación fática con los lectores, el columnista use vocativos tales como «*macho*»⁴⁷, «*tío*»⁴⁸ o «*tron*»⁴⁹. También reflejan este tono confianzudo y franco sintagmas de evidente ascendencia conversacional: «*a ver si me entiendes*»⁵⁰, «*como te digo una cosa te digo otra*»⁵¹, «*te pongas como te pongas*»⁵² y, en fin, otras muchas expresiones del mismo jaez.

Todo ello, claro está, respecto a un lector considerado en general, en abstracto. Se ha visto hasta ahora cómo se relaciona Umbral con ese lector común y genérico que los escritores sólo alcanzan a imaginar o bosquejar, porque se trata siempre de un cuerpo múltiple y colectivo, cambiante e imprevisible. Pero Umbral también apela de cuando en cuando a lectores que, si bien carecen de nombre y apellidos concretos, resultan ya mucho más fácilmente identificables. Es muy frecuente, en particular, que el articulista recurra a un lector individual (aunque todavía hipotético) para que, en forma de diálogo, rebata o matice las ocurrencias del narrador. Es lo que sucede, por poner un solo caso, en «*El año del cólera*»⁵³. El supuesto lector interrumpe dos veces al narrador; a la tercera reticencia apócrifa ocurre lo que cabía esperar: «*Oiga —dice el improvisado deuteragonista—, no hace usted más que citar poetas*», a lo cual contesta con pasión y desvergüenza el narrador: «*Calle, coño, que ahora estoy ya embalado*». La reprimenda se repite en «*Se lo llevan crudo*»⁵⁴. Umbral cree detectar un cierto alboroto entre los lectores y, para cortarlo en seco, escribe: «*que estoy hablando de dinero, coño, callarse un poco*».

⁴⁵ «Los viejos», *El País*, pág. 28, 23/05/1978.

⁴⁶ «De los distintos apelativos amistosos —tronco, *tron*, *compa*, *tío*, *cuerpo*—, el de más reciente fortuna entre la juventud ha sido *colega*» («La coleguidad», *El País*, pág. 23, 08/07/1983.)

⁴⁷ «Sandokán», *El País*, pág. 24, 23/11/1976.

⁴⁸ Véase «Los economistas», *El País*, pág. 15, 20/07/1977, en donde el vocativo en cuestión es usado dos veces.

⁴⁹ 'Tron' es apócope de 'tronco' (término equivalente, en el argot juvenil, a 'tío' o 'colega'). «Al revés te lo digo para que lo entiendas, tron», anota Umbral en «Las pesetas», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 24/06/1993.

⁵¹ «Canciones para después de una crisis», *El País*, pág. 19, 06/07/1976.

⁵¹ «Ayuntamiento y Estado», *El País*, pág. 33, 09/05/1983.

⁵² Ídem.

⁵³ *El Mundo del siglo XXI*, Suplemento especial «EL AÑO QUE CAMBIÓ EL MUNDO» [publicado con motivo del primer aniversario de *El Mundo del siglo XXI*], pág. 9, 28/10/1990.

⁵⁴ *El Mundo del siglo XXI*, última, 06/03/1994.

Es muy del gusto del autor entablar una especie de *conversación textual* con este lector concreto y apócrifo. Se trata, pues, de un lector que no tiene vida real, sino sólo literaria: «*me dirá usted, curioso lector (no creo tener más que uno), que estoy (...)*»⁵⁵. Se vale Umbral de este pintoresco y anónimo interlocutor para establecer un doble juego comunicativo; juego que, a grandes rasgos, es básicamente idéntico al establecido con el lector genérico y abstracto sobre el que se ha escrito antes. La explicación siguiente vale también, por tanto, para entender qué función desempeña, en último extremo, el lector colectivo y heterogéneo al que con tan ácida y descarada irreverencia —según se ha visto— trata Umbral.

El juego comunicativo de que se vale el articulista consiste, básicamente, en distinguir entre un *lector real* y un *lector apócrifo*. A éste último (el lector hipotético que introduce el narrador), se le golpea con sorna, con descaro, con hípida rusticidad; el lector real (el que, de hecho, lee tal o cual artículo) contempla como espectador la osadía del columnista, y lo más probable es que se sonría por mor de los atrevimientos del escritor, puesto que sabe o intuye que él (en tanto persona con identidad propia) no es objeto de ninguna burla. Lo más plausible es que el *lector real* se sienta mucho más cerca del autor que de ese *lector apócrifo* con quien dialoga el narrador. Quizá todo esto parezca una forzada descripción de complejos y artificiosos ardidés comunicativos. En realidad, es algo mucho más sencillo. Es la réplica literaria de algo que, sin que nos demos cuenta, ocurre a diario. Pensemos, por ejemplo, en lo que tantas veces hemos visto en el circo. Un payaso siempre desea que el público se ría. Pero, en aparente contradicción con ello, a veces el payaso saca la lengua a los niños. Se podría pensar que el productor de los mensajes se burla de aquellos con quienes se comunica. Lo normal, sin embargo, es que nadie, en una situación comunicativa como la descrita, se sienta ofendido por la mueca del payaso. Este gesto de sacar la lengua significa, de ordinario, algo así como ‘me burlo de alguien’. Ello no obstante, el público comprende con absoluta naturalidad que ese *alguien* no existe en realidad, que ese *alguien* es una ficción comunicativa, un ente sin nombre ni rostro cuya función y vida se agotan en el proceso de escenificación circense. Así también es la doblez comunicativa que, *mutatis mutandis*, practica Francisco Umbral. Su burla va dirigida a un lector quimérico, apócrifo, puramente abstracto: «*perdonen ustedes que vuelva sobre el tema, pero es que me ofrecen millones por anunciar cosas en la tele (...). He dicho que no, por ustedes, los lectores, que conste. Me han hecho perder ustedes una pasta. O sea que a ver*»⁵⁶. Ese amenazante «*ustedes*», encarna lingüísticamente a un lector hipotético, irreal: tal interlocutor se constituye en algo parecido a un

⁵⁵ «El socialfascismo», *Diario 16*, pág. 4, 06/03/1989.

⁵⁶ «Los millones», *El País*, pág. 22, 30/04/1978.

deuteragonista textual del narrador que poco o nada tiene que ver, por tanto, con el señor o la señora que, en lugar y tiempo determinados, se entregan a la lectura de un artículo concreto. Mediante esta estrategia transgresora, Umbral intenta que el verdadero lector se sienta dulcemente provocado; que, acaso tras un instante de irreflexiva irritación, se sonría por el modo como trata el articulista a sus hipotéticos lectores: «*locas, que es que no leéis nada, así salís de incultas y travestís (...); vosotras votadme al Suárez, asquerosas (...)*»⁵⁷. Al llamar «locas» a los lectores, Umbral es el payaso que saca la lengua al público. Parece claro que tal transgresión intenta, antes que nada, arrancar al lector una sonrisa cómplice y especular. Hay un espejo, en efecto, que permite a los lectores mirarse a sí mismos como parte del proceso comunicativo, más allá de la individualidad de cada lector real. Y este desdoblamiento genera una innegable comicidad. El público se mofa de la *imagen de público* que el payaso construye. Lo que sucede es que, en situaciones comunicativas como éstas, el *público real* tiende a identificarse con el payaso burlón y reírse del *ficticio público* burlado. Cabe preguntarse por qué. Pues bien: resulta evidente que ello se debe, ante todo, a que el verdadero público sabe diferenciarse de la imagen —más o menos grotesca— que el payaso le ofrece. Por eso procura Umbral, de cuando en cuando, establecer el mayor distanciamiento posible entre los lectores auténticos y los interlocutores apócrifos. Hay un vocativo, en particular, que ilustra claramente este fenómeno. Según explica Umbral, el diario venezolano *El Nacional* reproduce habitualmente sus crónicas, y se queja el columnista de no recibir por ello un solo bolívar. Lo más pintoresco de la anécdota es la fórmula lingüística en que cristaliza la denuncia. Umbral, durante años, se dirige a sus lectores de *El País* mediante un irónico y hasta ridículo vocativo: «*mis queridos caraqueños*»⁵⁸. Los lectores españoles, que se saben escasamente caraqueños, entienden (tal vez con más claridad aquí que en otras ocasiones) que el articulista ha elaborado un juego burlesco. Umbral *conversa* textualmente con unos lectores apócrifos («*mis queridos caraqueños*») y, en segundo término, ofrece tan jocunda y licenciosa *conversación* a los verdaderos lectores.

Parecido en el fondo, si bien diferente en la forma, es lo que sucede cuando el articulista se burla de colocutores concretos, cuyos nombres y apellidos, por lo general, son bastante conocidos. En tales casos, Umbral concentra su insolencia en un solo individuo, por lo general famoso: a él se dirige, mediante un vocativo más o menos irreverente. Pongamos por caso: al entonces Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, lo trata como al panadero o al churrero del

⁵⁷ «En el drugstore», *El País*, pág. 28, 21/05/1978.

⁵⁸ El vocativo aparece en multitud de columnas. Puede verse, por dar un sólo título como referencia, en «Mi barrio», *El País*, pág. 16, 31/07/1977.

barrio⁵⁹; al ministro Reguera le endilga, casi invariablemente, el curioso vocativo de «*cuervo*»⁶⁰; a otro ministro, Alfonso Osorio, lo llama «*tío*»⁶¹; a Felipe González, durante su etapa de Presidente del Gobierno, le dedica apelativos de tan dudosa cortesía como «*tron*», «*capullo*» o «*julai*»⁶²; para dialogar apócrifamente con Isabel Tocino, miembro del Partido Popular (entonces todavía Alianza Popular), Umbral recurre a un procaz «*tía exquisita*»⁶³; en otras ocasiones, en fin, lo que más llama la atención es el choque abrupto de tonos y registros lingüísticos derivado de la yuxtaposición de vocativos: «*usted, tú, tío, tomas (...)*»⁶⁴.

En suma, y como síntesis de todo lo escrito hasta ahora, se puede afirmar que Francisco Umbral suele eludir el trato convencional de un columnista para con sus lectores. En parte, por romper las expectativas de éstos. En parte, también, por utilizar la transgresión como instrumento con el que suscitar sonrisas y aparentemente traidoras⁶⁵ complicidades.

BIBLIOGRAFÍA

- DOVIFAT, Emil (1959): *Periodismo*, México, UTEHA, México.
- GARCÍA BERRIO, Antonio (1989): *Teoría de la Literatura*, Madrid, Cátedra.
- SANTAMARÍA, Luisa (1990): *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Madrid, Paraninfo.
- UMBRAL, FRANCISCO (1974): *Crónicas antiparlamentarias*, Madrid, Ediciones Júcar.
- (1981): *Los ángeles custodios*, Barcelona, Ediciones Destino.
- (1982): *Spleen de Madrid/2*, Barcelona, Ediciones Destino.
- (1990): *Y Tierno Galván ascendió a los cielos*, Barcelona, Seix Barral.

⁵⁹ En «Los hijos de Kennedy», *El País*, pág. 23, 22/02/1977, Umbral usa cuatro veces el vocativo coloquial —y hasta vulgar— *jefe* para dirigirse a Suárez. Este irrespetuoso «jefe», que aparece por primera vez en «La 'ostpolitik'» (*El País*, pág. 19, 13/07/1976), se aplica asimismo a Felipe González, cuando éste llevaba ya casi diez años como Presidente (véase «Opinar e informar», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1991).

⁶⁰ El término se usa por primera vez en «Los chicos», *El País*, pág. 25, 06/05/1977.

⁶¹ «De eso nada, tío, un respeto, yes» («El bipartidismo», *El País*, pág. 27, 15/05/1982).

⁶² «Y hasta eso [que haya elecciones] hay que agradecerse a Felipe, capullo.» («El genio», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 14/04/1993.) El vocativo «tron», dedicado a González, se puede ver en «JFK», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 15/02/1992. «Julai» aparece en «Opinar e informar», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/12/1991.

⁶³ Esto se lo dice, y por ello se señala aquí, en forma de vocativo. Véase «Isabel Tocino», *Diario 16*, pág. 4, 03/11/1988.

⁶⁴ Esto se lo dice al entonces ministro de Interior, José Luis Corcuera, en «El carné», *El Mundo del siglo XXI*, pág. 7, 18/04/1991.

⁶⁵ *Traidoras*, en el sentido —ya comentado— de que un lector, el auténtico, se ríe de otro lector, apócrifo y burlado por el columnista.